

## CAPÍTULO VIII

---

### **De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interés bien entendido.**

Cuando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían éstos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacían en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interés, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

Dudo que los hombres fuesen más virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es cierto que en ellos se hablaba incesantemente de la belleza y de las virtudes y no se estudiaba sino en secreto, por qué lado eran útiles. Pero á medida que la imaginación se eleva menos y que cada uno se reconcentra en sí mismo, los moralistas se espantan con esta idea de sacrificio y no se atreven á ofrecerla al espíritu humano; se reducen, pues, á averiguar si la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar en la felicidad de todos, y cuando descubren uno de esos puntos en que el interés particular viene á encontrarse con el general y á confundirse, se apresuran á darlo á conocer, y poco á poco las observaciones semejantes se multiplican. Lo que no era más que una observación aislada se hace una doctrina general y se cree, en fin, descubrir que al servir el hombre á sus semejantes se sirve á sí mismo y que su interés particular es el de hacer el bien.

He demostrado varias veces en esta obra que los americanos saben casi siempre combinar su propio interés con el de sus con-

ciudadanos, y ahora me propongo explicar la teoría general con cuya ayuda lo consiguen.

Casi nunca se dice en los Estados Unidos que la virtud es bella; se sostiene que es útil y esto mismo se prueba todos los días. Los moralistas americanos no pretenden que sea preciso sacrificarse á sus semejantes porque sea una heroicidad el hacerlo; pero dicen sin rebozo, que semejantes sacrificios son tan necesarios al que se los impone, como al que se aprovecha de ellos; conocen que en su país y en su tiempo, el hombre es atraído hacia sí por una fuerza irresistible y, perdiendo la esperanza de detenerle, no se ocupan sino de conducirlo. No niegan á cada uno el derecho de seguir su interés, pero se esfuerzan en probar que éste consiste en ser honrados. No quiero entrar aquí en el pormenor de sus razonamientos, porque esto me separaría de mi objeto, baste decir que ellos han convencido á sus conciudadanos.

Hace mucho tiempo que Montaigne dijo: «Aun cuando para la rectitud no fuere necesario seguir el camino derecho, yo lo seguiría, por haberme enseñado la experiencia que sobre todo es el más acertado y el más útil».

La doctrina del interés bien entendido no es nueva; pero en los americanos de nuestros días ha sido universalmente admitida y ha venido á ser popular; se la encuentra en el fondo de todas las acciones y penetra al través de todos los discursos. Por todas partes se halla, y lo mismo se encuentra en los labios del pobre que en los del rico.

La doctrina del interés bien entendido no es tan refinada en Europa como en América; al mismo tiempo se halla menos extendida y, sobre todo, se manifiesta menos; mas se fingen grandes sacrificios que no se hacen. Los americanos, al contrario, se complacen en explicar con la ayuda del interés bien entendido, casi todos los actos de la vida, y complacidos hacen ver cómo el amor, ilustrado por ellos mismos, los conduce incesantemente á ayudarse entre sí y los dispone á sacrificar al bien del Estado una parte de su tiempo y de sus riquezas. Pienso que en esto muchas veces no se hacen justicia, pues se ve de cuando en cuando en los Estados Unidos, así como en otras partes, que los ciudadanos se abandonan á los ímpetus desinteresados é irreflexivos que son naturales al hombre, pero los americanos nunca confiesan que ceden á impulsos

de esta especie, y prefieren hacer honor á su filosofía más bien que á ellos mismos.

Podría detenerme aquí y no tratar de juzgar lo que acabo de describir, sirviéndome de excusa la extrema dificultad del asunto; pero no quiero aprovecharme de ella y prefiero que mis lectores, al ver claramente mi objeto, rehusen seguirme, más bien que dejarlos en suspenso.

El interés bien entendido es una doctrina poco elevada, pero clara y segura; ella no pretende alcanzar grandes objetos, pero obtiene sin mucho esfuerzo todos los que divisa, y como se encuentra al alcance de todas las inteligencias, cada individuo la comprende fácilmente y la retiene sin trabajo. Acomodándose maravillosamente á las debilidades de los hombres, consigue un grande imperio y no le es difícil conservarlo, porque vuelve el interés personal contra sí mismo y se sirve para dirigir las pasiones, del aguijón que las excita.

La doctrina del interés bien entendido no produce afectos extremados, pero sugiere cada día pequeños sacrificios: por sí sola no podría hacer á un hombre virtuoso más si formar una multitud de ciudadanos sobrios, arreglados, templados, precavidos y dueños de sí mismos, y si no conduce directamente á la virtud, por la voluntad, á lo menos acerca insensiblemente á ella, por los hábitos.

Si la doctrina del interés bien entendido viniese á dominar enteramente el mundo moral, las virtudes extraordinarias serían sin duda más raras; pero también creo que las groseras depravaciones serían menos comunes. La doctrina del interés bien entendido impide quizá á algunos hombres elevarse demasiado sobre el nivel ordinario de la humanidad; pero otros muchos que descendían de este mismo nivel la encuentran y se contienen allí. Considerando sólo algunos individuos, ella los rebaja, pero contemplada la especie, la eleva.

No temo decir que la doctrina del interés bien entendido me parece la mejor de todas las teorías filosóficas, la más apropiada á las necesidades de los hombres de nuestro siglo y la más poderosa garantía que les queda contra ellos mismos. El espíritu de los moralistas de nuestros días debe principalmente dirigirse hacia ella y aunque la juzguen imperfecta, sería preciso adoptarla como necesaria.

En todo caso, no creo que haya más egoísmo entre nosotros que en América; la única diferencia consiste en que allí es ilustrado y aquí no lo está. Cada americano sabe sacrificar una parte de sus intereses particulares para salvar el resto; nosotros, al contrario, queremos retenerlo todo, y frecuentemente todo se nos escapa.

No veo entre los que me rodean sino gentes que quieren enseñar á sus contemporáneos, con sus palabras y con su ejemplo, que lo útil no es jamás indecoroso. ¿Será posible que yo no descubra nadie que pretenda hacer ver de qué modo lo honesto puede ser útil?

No hay poder en la tierra que pueda lograr que la creciente igualdad de las condiciones no conduzca el espíritu humano hacia la investigación de lo útil y no disponga á cada ciudadano á encerrarse dentro de sí mismo.

Es menester, pues, esperar que el interés individual se haga más que nunca el principal, si no el único, móvil de las acciones de los hombres; pero nos resta saber de qué manera entenderá cada hombre su interés individual.

Si los ciudadanos, al hacerse iguales permaneciesen toscos é ignorantes, es imposible prever hasta qué exceso de estupidez podría llegar su egoísmo, y no es fácil decir anticipadamente en qué vergonzosas miserias se sumergirían ellos mismos, por el temor de sacrificar alguna parte de su comodidad al bienestar de sus semejantes.

No creo que la doctrina del interés, tal como la predicán en América, sea evidente en todas sus partes; pero al menos encierra un gran número de verdades tan positivas, que basta iluminar un poco á los hombres para que las vean. Ilustradlos, pues, á todo precio, porque el siglo de los ciegos sacrificios y de las virtudes por instinto huye lejos de nosotros, y veó acercarse el tiempo en que la libertad, la paz pública y el orden social mismo, no podrán existir sin la cultura.

---

## CAPÍTULO IX

---

### **De qué manera aplican los americanos la doctrina del interés bien entendido en materia de religión.**

Si la doctrina del interés bien entendido no mirase sino á este mundo, á la verdad, no sería suficiente; pues hay un gran número de sacrificios que no pueden hallar su recompensa sino en el otro, y por grandes esfuerzos que se hicieran para probar la utilidad de la virtud le sería siempre difícil hacer bien á un hombre que no quisiese morir.

Es, pues, necesario, saber si la doctrina del interés bien entendido puede conciliarse fácilmente con las creencias religiosas.

Los filósofos que la enseñan dicen á los hombres, que para ser felices en la vida deben vigilar sus pasiones y reprimir con cuidado su exceso; que no puede adquirirse una felicidad permanente sino renunciando á mil goces pasajeros y que es preciso, en fin, triunfar incesantemente de sí mismo para servirse mejor.

Los fundadores de casi todas las religiones se han expresado poco más ó menos del mismo modo; sin indicar á los hombres un camino distinto, no han hecho sino apartar el fin, y en lugar de colocar en este mundo las recompensas de los sacrificios que imponen, las han puesto en el otro. Sin embargo, rehusó creer que todos aquéllos que practican la virtud por espíritu de religión no obren sino con la esperanza de una recompensa.

He encontrado cristianos celosos que se olvidan sin cesar de sí mismos á fin de trabajar con más ardor en beneficio de todos; y les he oído decir que no obraban así sino por merecer los bienes

del otro mundo; pero no puedo dejar de pensar que se engañan á sí mismos, y los respeto demasiado para creerlos.

Es verdad que el cristianismo nos dice que es preciso preferir el prójimo á uno mismo, para ganar el cielo; pero también nos enseña que se debe hacer el bien á sus semejantes por el amor de Dios. He aquí una bella expresión; el hombre penetra por su inteligencia en el pensamiento divino, ve que el objeto de Dios es el orden, se asocia libremente á este gran designio y sacrificando sus intereses particulares á este orden admirable de todas las cosas, no espera más recompensa que la satisfacción de contemplarle.

No creo que el solo móvil de los hombres religiosos sea el interés, pero me parece que es el medio más principal de que se sirven las religiones mismas para conducir á los hombres, y no dudo que este es el lado por donde ellas se apoderan de la multitud y se hacen populares.

No veo, pues, claramente por qué la doctrina del interés bien entendido habría de separar á los hombres de las creencias religiosas y me parece, por el contrario, descubrir el modo cómo los acerca á ellas.

Supongo que para alcanzar la felicidad de este mundo un hombre resista en todas las ocasiones el instinto y ratiocine con calma sobre todos los actos de la vida, que en lugar de ceder ciegamente al ímpetu de sus primeros deseos, aprenda el arte de combatirlos y se habitúe á sacrificar sin esfuerzos el placer del momento al interés permanente de toda su vida.

Si un hombre semejante tiene fe en la religión que profesa, no le costará mucho sujetarse á las mortificaciones que ella impone. La razón misma aconseja hacerlo y la costumbre le ha preparado con anticipación á sufrirlo. Si tiene dudas acerca del objeto de sus esperanzas no se detendrá en ellas, y juzgará prudente arriesgar algunos de los bienes de este mundo para conservar sus derechos á la inmensa herencia que se le promete en el otro.

«No hay mucho que perder, ha dicho Pascal, equivocándose en creer que la religión cristiana es verdadera; pero ¡que desgracia no sería el equivocarse, creyéndola falsa!»

Los americanos no afectan una gran indiferencia por la otra vida ni desprecian con pueril orgullo los peligros de que esperan sustraerse. Practican su religión sin rubor y sin debilidad; pero se

ve ordinariamente hasta en medio de su celo un no sé qué de reposo, de método y de cálculo, que parece que es su razón, más bien que el corazón, la que los conduce al pie de los altares.

No sólo profesan los americanos por interés su religión, sino que aun ven en este mundo el interés que se puede tener en seguirla.

En la Edad Media, los sacerdotes no hablaban sino de la otra vida y apenas se fijaban en probar que un cristiano sincero podía ser feliz en este mundo. Mas los predicadores americanos se dirigen sin cesar á las cosas de la tierra y con dificultad apartan de ella sus miradas. Para conmover mejor al auditorio le hacen ver cada día, de qué modo las creencias religiosas favorecen la libertad y el orden público, y frecuentemente sucede que es difícil saber, al oírlos, si el objeto principal de la religión es procurar la eterna felicidad en el otro mundo ó el bienestar en el presente.

---

## CAPÍTULO X

---

### **Del gusto por el bienestar material en América.**

La pasión del bienestar material no es siempre exclusiva de América, pero es general, y si no la experimentan todos del mismo modo, á lo menos todos la sienten. El cuidado de satisfacer las más mínimas necesidades del cuerpo y de proveer á las pequeñas comodidades de la vida, preocupa allí universalmente los espíritus. Se ve, cada día más, alguna cosa semejante en Europa.

Entre las causas que producen efectos iguales en los dos mundos, hay muchas que se acercan á la materia de que trato y, por consiguiente, debo explicarlas.

Cuando las riquezas se fijan hereditariamente en las mismas familias, se ve un gran número de hombres que gozan del bienestar material, sin experimentar el gusto exclusivo del bienestar. Lo que interesa más vivamente en el corazón humano, no es la pacífica posesión de un objeto precioso, sino el deseo no completamente satisfecho de poseerlo y el temor incesante de perderlo.

Los ricos de las sociedades aristocráticas, no habiendo conocido nunca un estado diferente del en que se hallan, no temen el cambio y apenas se imaginan que pueda haberlo. El bienestar material no es, pues, para ellos, el objeto primitivo de su vida, sino una manera de vivir; le consideran en cierto modo como la existencia misma, y lo gozan sin pensar en él.

Cuando el gusto natural que por instinto sienten todos los hombres por el bienestar se halla así satisfecho, sin pena y sin te-



mor, dirigen su alma hacia otra parte y la interesan en empresas más grandes y más difíciles, que la animen y seduzcan.

Así es como en el seno mismo de los goces materiales, los miembros de una aristocracia dejan frecuentemente ver un orgulloso desprecio por estos mismos goces y tienen una fortaleza singular cuando es menester privarse de ellos. Todas las revoluciones que han turbado ó destruído las aristocracias, han mostrado la facilidad con que gentes acostumbradas á lo superfluo, podían pasarse sin lo necesario, mientras que hombres que con mucho trabajo han llegado á la comodidad, apenas pueden vivir después de haberla perdido.

Si de las clases superiores desciendo á las inferiores, veré sin duda efectos análogos, producidos por causas diferentes.

En las naciones en que la aristocracia domina la sociedad y la tiene inmóvil, el pueblo acaba por habituarse á la pobreza y los ricos á su opulencia. Los unos no se ocupan del bienestar material, porque lo poseen sin trabajo; los otros no piensan en él, porque tienen perdida la esperanza de adquirirlo y ni aun lo conocen bastante para desearlo.

En esta especie de sociedades, la imaginación del pobre se dirige siempre hacia el otro mundo y aunque las miserias de la vida real la estrechen, se separa sin embargo de ellas para buscar fuera sus goces. Cuando las clases, al contrario, se confunden y los privilegios están destruídos; cuando los patrimonios se dividen y las luces y la libertad se extienden, el deseo de adquirir el bienestar se presenta á la imaginación del pobre y el temor de perderlo, al espíritu del rico. Se establecen una multitud de fortunas mediocres; los que las poseen tienen bastantes goces materiales para comprender el gusto de ellos, pero no los suficientes para estar satisfechos; jamás se los procuran sino con esfuerzos, ni se entregan á ellos sino con temor, y así se aplican constantemente á adquirir y á retener estos goces tan preciosos, tan incompletos y tan fugitivos.

Si busco una pasión que sea natural á los hombres que la obscuridad de su origen ó la mediocridad de su fortuna excitan y limitan, no encuentro ninguna más propia que el gusto por el bienestar. La pasión del bienestar material es esencialmente pasión de la clase media; se engrandece, se extiende y se hace preponderante

con ella; de aquí se eleva á las clases superiores de la sociedad y descende hasta el seno del pueblo.

No he visto en América un ciudadano pobre que no eche una mirada de esperanza y de envidia hacia los goces de los ricos, y cuya imaginación no se apodere anticipadamente de los bienes que la suerte se obstina en rehusarle. Tampoco he visto, entre los ricos de los Estados Unidos, ese soberbio desdén por el bienestar material que se muestra algunas veces hasta en el seno de las aristocracias más opulentas y relajadas. La mayor parte de estos ricos han sido pobres, han sentido el aguijón de la necesidad, por largo tiempo han combatido una fortuna que les resistía y cuando han obtenido la victoria, sobreviven aún las pasiones que les han acompañado en la lucha, y quedan como embriagados en medio de estos pequeños goces que han buscado con empeño por espacio de cuarenta años.

Esto no quiere decir que no se hallan en los Estado Unidos, como en todas partes, un crecido número de ricos que teniendo sus bienes por herencia, posean sin esfuerzo inmensas fortunas que no han adquirido; pero estos mismos, sin embargo, no se encuentran menos aficionados á los goces de la vida material. El amor del bienestar ha llegado á ser el gusto nacional y dominante, y la gran corriente de las pasiones humanas van hacia este lado en su curso.

---

## CAPÍTULO XI

---

### **De los singulares efectos que produce el amor de los goces materiales en los siglos democráticos.**

Por lo que precede, podría creerse que el amor de los goces materiales debe arrastrar incesantemente á los americanos hacia el desorden de las costumbres, turbando las familias y comprometiendo la suerte de la sociedad misma. Pero no es así; la pasión de los goces materiales produce en el seno de las democracias distintos efectos que en los pueblos aristocráticos.

Algunas veces la falta de vigor en los negocios, el exceso de la riqueza, la ruina de las creencias y la decadencia del Estado, conducen poco á poco una aristocracia hacia los goces materiales solamente. Otras, el poder del príncipe ó la debilidad del pueblo, sin quitar á los ricos su fortuna, los fuerza á separarse del poder, y cerrándoles la senda que conduce á las grandes empresas, los abandona á la inquietud de sus deseos, y entonces se entregan exclusivamente á sí mismos, y buscan en los goces del cuerpo el olvido de su pasada grandeza.

Cuando los miembros de un cuerpo aristocrático se dirigen así únicamente hacia los goces materiales, reúnen sólo por este lado toda la energía que han adquirido con el largo hábito del poder. Para tales hombres no es suficiente el bienestar; necesitan una suntuosa depravación y una corrupción estrepitosa; rinden un culto espléndido á la materia y parece que desean á porfía distinguirse en el arte de embrutecerse.

Mientras más fuerte, gloriosa y libre haya sido una aristocra-

cia, más depravada se mostrará, y cualquiera que haya sido el esplendor de sus virtudes, me atrevo á afirmar que será siempre sobrepujado por el escándalo de sus vicios.

El gusto por los goces materiales no conduce á los pueblos democráticos á los mismos excesos. El amor del bienestar se muestra en ellos como una pasión tenaz, exclusiva, universal, pero moderada. No se trata de construir grandes palacios, de vencer ó engañar á la naturaleza, de agotar el universo para saciar mejor las pasiones de un hombre; se trata de dar alguna extensión á sus campos, de plantar un arbolado, de hacer más grande una habitación, de proporcionar á la vida más desahogo y comodidad, de evitar los disgustos y de satisfacer las más mínimas necesidades sin esfuerzos y casi sin gastos. Estos objetos son pequeños en realidad, pero el alma se aficiona á ellos; los considera diariamente muy de cerca, acaban por ocultarle el resto del mundo y vienen á colocarse algunas veces entre ella y la Divinidad.

Se dirá, acaso, que esto no puede aplicarse sino á los ciudadanos cuya fortuna es mediocre y que los ricos manifestarán gustos análogos á los que hacían ver en los siglos de aristocracia; pero voy á contestar esta objeción.

Los ciudadanos más opulentos de una democracia no muestran gustos muy diferentes de los del pueblo respecto de los goces materiales, ya sea porque habiendo salido de su seno participan realmente de estos gustos, ya porque creen deber someterse á ellos. En las sociedades democráticas la sensualidad del público ha tomado un cierto giro moderado y pacífico á que tienen que conformarse todos, y tan difícil es salir de la regla común por sus vicios como por sus virtudes.

Los ricos que viven en medio de las naciones democráticas aspiran á la satisfacción de sus menores necesidades más bien que á los goces extraordinarios; satisfacen una multitud de pequeños deseos, y no se entregan á ninguna gran pasión desordenada; así es como caen más fácilmente en la desidia que en la disolución.

El gusto particular que los hombres de los siglos democráticos conciben por los goces materiales no se oponen, naturalmente, al orden; al contrario, lo necesita con frecuencia para satisfacerse. Tampoco es enemigo de la regularidad de las costumbres, pues las

buenas son útiles á la tranquilidad pública y favorecen la industria. Muchas veces se combina también este gusto con una especie de moralidad religiosa: todo el mundo quiere estar lo mejor posible en esta vida, sin renunciar la felicidad de la otra.

Entre los bienes materiales debe siempre huirse de aquellos cuya posesión es criminal. Hay algunos cuyo uso permiten la religión y la moral, y á éstos es á los que se entregan sin reserva el corazón, la imaginación y la vida y cuya posesión se desea con tanto empeño, que se pierden de vista los bienes más preciosos que constituyen la grandeza y la gloria de la especie humana. No acusaré nunca á la igualdad de que arrastre á los hombres hacia los goces prohibidos, sino de que los absorbe enteramente en busca de los permitidos.

Así será fácil establecer en el mundo una especie de materialismo que no corrompiera las almas, pero que las ablandara y concluyese por destemplantar todos sus resortes secretamente.

---

## CAPÍTULO XII

---

### **Por qué razón ciertos americanos muestran un espiritualismo tan exaltado.**

Aunque el deseo de adquirir los bienes de este mundo sea la pasión dominante de los americanos, hay momentos de interrupción en que parece que su alma rompe de repente los lazos materiales que la retienen, y se escapa impetuosamente hacia el cielo.

Se ven algunas veces en todos los Estados de la Unión, y más particularmente en las comarcas que no están muy pobladas, del Oeste, predicadores ambulantes que llevan de plaza en plaza, por decirlo así, la palabra divina; familias enteras, viejos, mujeres y niños, atraviesan lugares difíciles y penetran por bosques desiertos para venir á oírlos y cuando los encuentran, se quedan á escucharlos por muchos días y muchas noches, olvidándose del cuidado de sus negocios y hasta de otras necesidades más urgentes.

Por todas partes se hallan en el seno de la sociedad americana, almas llenas de un *espiritualismo* exaltado y casi feroz, que apenas se conoce en Europa. Se levantan de cuando en cuando sectas extravagantes que se esfuerzan en abrir nuevas vías hacia la felicidad eterna. Estas locuras religiosas son allí muy comunes y no deben absolutamente sorprender.

El hombre no se ha dado á sí mismo el gusto de lo infinito y el amor de lo inmortal. Estos sublimes instintos no nacen de un capricho de su voluntad; tienen su móvil en su naturaleza y

existe á despecho de sus esfuerzos, de manera que aunque pueda sujetarlos y desfigurarlos, nunca podrá destruirlos.

El alma tiene necesidades que es preciso satisfacer, y por gran cuidado que se tenga en distraerla de sí misma, se inquieta y se agita en medio de los goces de los sentidos.

Si el espíritu de la gran mayoría del género humano se concentrase alguna vez en la investigación solamente de los bienes materiales, puede creerse que se obraría una prodigiosa reacción en el alma de algunos hombres, y se lanzarían perdidamente en el mundo de los espíritus, por miedo de quedar embarazados en las estrechas trabas que quisiera imponerles el cuerpo.

No se debe, pues, extrañar, que en el seno de una sociedad que no piense sino en cosas de la tierra, se encuentre un corto número de individuos que no quieran ocuparse sino del cielo. Me sorprendería sí, de que en un pueblo preocupado únicamente de su bienestar, el *misticismo* no hiciese bien pronto progresos.

Se dice que las persecuciones de los emperadores y los suplicios del circo poblaron los desiertos de la Tebaida, y yo pienso que más bien fueron las delicias de Roma y la filosofía epicúrea de Grecia.

Si el estado social, las circunstancias y las leyes no retuviesen tan estrechamente el espíritu americano en la investigación del bienestar, debe creerse que cuando él se ocupase de las cosas inmateriales, mostraría más reserva y más experiencia y se moderaría sin dificultad; más él se siente encerrado en límites de que no se le permite salir, y desde que los traspasa no sabe donde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse más allá de los del sentido común.

---

## CAPÍTULO XIII

---

### **Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.**

Se encuentran aún, en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovía alrededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son muy ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del Gobierno y frecuentemente los Gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.

He visto en América los hombres más libres y los más ilustrados, en la posición más feliz que haya en el mundo, y me ha parecido descubrir en sus facciones una especie de humor sombrío, habitual en ellos, encontrándolos graves y casi tristes hasta en sus placeres. La principal razón consiste en que los unos no piensan en los trabajos que sufren, mientras que los otros se ocupan incessantemente de los bienes que no poseen.

No hay cosa más extraña que el ver con qué especie de ardor febril solicitan los americanos el bienestar y cómo se muestran sin cesar atormentados por un temor vago de no haber escogido el camino más corto que puede conducirlos á él.

El habitante de los Estados Unidos se adhiere á los bienes de este mundo como si estuviese seguro de no morir, y se precipita de tal manera á poseer los que se prestan á su alcance, que se diría que teme cada instante dejar de existir antes de disfrutarlos;



les ocupa todos, pero sin estrecharlos, y muy pronto los deja escapar de sus manos para correr tras nuevos goces.

Un hombre en los Estados Unidos construye una morada cómoda para pasar en ella su vejez, y la vende cuando está para concluirse; planta un jardín, y lo alquila cuando iba á coger los frutos; desmonta un terreno, y deja á otros el cuidado de recoger la cosecha; abraza una profesión, y la abandona; se fija en un lugar, y lo deja para llevar á otra parte sus veleidosos deseos. Si sus negocios privados le dan algún descanso, se sumerge luego en el torbellino de la política. Y cuando después de un año de trabajos le queda algún tiempo, pasea su curiosidad inquieta en los vastos límites de los Estados Unidos, haciendo así quinientas leguas en algunos días, para distraerse mejor de su felicidad. La muerte ocurre, en fin, y le detiene antes de que se haya fatigado en la inútil pretensión de una felicidad completa, que huye siempre de él.

Se admira uno al contemplar esa agitación singular que muestra tantos hombres felices en el seno mismo de su abundancia y, sin embargo, este espectáculo existe desde que hay mundo, y sólo es nuevo el ver que todo un pueblo lo presenta.

El gusto por los goces materiales debe considerarse como el origen principal de esta inquietud secreta que se descubre en las acciones de los americanos, y de esa inconstancia de que dan diariamente ejemplo.

El que limita su espíritu á la sola adquisición de los bienes de este mundo vive siempre agitado, porque no tiene sino un tiempo muy corto para encontrarlos, apoderarse de ellos y gozarlos. El recuerdo de la brevedad de la vida le aguijonea incesantemente, y fuera de los bienes que posee se imagina á cada instante otros mil que la muerte le impedirá gustar si no se apresura. Este pensamiento le llena de turbación, de temor y de pesar y mantiene su alma en una especie de trepidación incesante que lo incita á cambiar todos los días de designio y de lugar.

Si al gusto por el bienestar material se agrega un estado social en que ni la ley ni la costumbre retengan á nadie en su puesto, esto servirá de mayor estímulo para la inquietud de espíritu, y se verá entonces á los hombres cambiar continuamente de ruta, temiendo no acertar con la que más pronto deba conducirlos á la felicidad.

Por otra parte, es fácil concebir que si los hombres que buscan con pasión los goces materiales los desean vivamente, se cansarán también de ellos con facilidad; pues, siendo su objeto final gozar, es preciso que el medio de llegar á él sea pronto y fácil, sin que el trabajo de adquirir el goce sobrepuje al mismo goce. La mayor parte de las almas son, pues, á la vez ardientes y frías, violentas y débiles, y frecuentemente es menos temible la muerte que la continuación de esfuerzos hacia el mismo objeto.

La igualdad conduce por un camino más recto aún á muchos de los efectos que acabo de describir. Cuando todas las prerrogativas del nacimiento y la fortuna desaparecen, y las profesiones se abren á todos, y se puede llegar por sí mismo á la cima de cada una de ellas, parece abrirse también una carrera inmensa y fácil á la ambición de los hombres, y éstos se figuran, desde luego, que están llamados á grandes destinos; pero es una mira errónea que la experiencia corrige todos los días. Esta misma igualdad que permite concebir vastas esperanzas á cada ciudadano, le hace individualmente débil y limita por todos lados sus fuerzas, al mismo tiempo que permite á sus deseos el extenderse.

No sólo son incapaces por sí mismos, sino que hallan á cada instante inmensos obstáculos que no habían descubierto al principio. Como han destruído los privilegios de algunos de sus semejantes, encuentran la concurrencia de todos, y el límite cambia de forma más bien que de lugar. Cuando los hombres son poco más ó menos semejantes y siguen una misma vía, es difícil que alguno de ellos marche de prisa y atravesese la multitud que le rodea y oprime. Esta oposición constante que reina entre los instintos que hace nacer la igualdad, y los medios que ella suministra para satisfacerlos, atormenta y fatiga las almas.

Pueden concebirse hombres que hayan llegado á un cierto grado de libertad que los satisfaga enteramente y en este caso gozarán de su independencia, sin inquietud y sin ardor; pero jamás fundarán los hombres una igualdad que les sea suficiente.

Por más esfuerzos que haga un pueblo, nunca llegará á hacer las condiciones perfectamente iguales á su seno; y si tuviese la desgracia de llegar á ese nivel absoluto y completo, quedaría todavía la desigualdad de la inteligencia, que procediendo directamente de Dios, jamás se someterá á las leyes.

Por democrático que sea el estado social y la constitución política de un pueblo, se puede asegurar que cada uno de sus ciudadanos descubrirá siempre cerca de sí muchos puntos que le dominen y preverá que volverá obstinadamente sus miradas hacia este solo lado. Cuando la desigualdad es la ley común de una sociedad, las más grandes desigualdades no causan ninguna impresión, y cuando todo esto está poco más ó menos á nivel, las más pequeñas la producen. Por esta razón el deseo de la igualdad se hace más insaciable á medida que la igualdad es mayor.

En los pueblos democráticos, los hombres obtienen con facilidad una cierta igualdad; pero no pueden alcanzar la que desean. Esta se les aparta cada día, aunque sin desaparecer jamás de su vista, y al retirarse los atrae en su busca; creen ellos sin cesar que van á alcanzarla y constantemente se les escapa. La ven lo bastante cerca para conocer sus encantos; más no se aproximan lo necesario para gozarla y mueren antes de haber saboreado enteramente sus dulzuras.

Á estas causas es preciso atribuir la melancolía que los habitantes de los países democráticos dejan frecuentemente ver en el seno de su abundancia, y ese disgusto de la vida que llega á apoderarse de ellos algunas veces, en medio de una existencia cómoda y tranquila.

Nos quejamos en Francia de que el número de los suicidios es cada vez mayor; en América el suicidio es raro, pero se asegura que la demencia es más común que en cualquiera otra parte. Estos son síntomas diferentes del mismo mal.

Los americanos no se matan por más agitados que se hallen, porque la religión les prohíbe hacerlo y porque entre ellos no existe, por decirlo así, el materialismo, aunque la pasión del bienestar material sea general. Su voluntad resiste, pero muchas veces su razón cede.

Los goces son más vivos en los tiempos democráticos que en los aristocráticos y, sobre todo, el número de los que los obtienen es infinitamente mayor; pero, por otro lado, es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas están más conmovidas é inquietas y las zozobras y los cuidados son más sensibles.

## CAPÍTULO XIV

---

**De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad y al cuidado de los negocios públicos.**

Cuando un estado democrático vuelve hacia la monarquía absoluta, la actividad que se tenía anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, hacen resultar por algún tiempo una gran prosperidad material; mas presto se afloja el movimiento y cesa el desarrollo de la producción.

No creo que se pueda citar un solo pueblo manufacturero y comerciante, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido libre; luego hay un lazo estrecho y existe una relación necesaria entre la libertad y la industria.

Esto se observa generalmente en todas las naciones, pero con especialidad en las democráticas.

He hecho ver anteriormente por qué los hombres que viven en los siglos de la igualdad tienen una continua necesidad de la asociación para procurarse casi todos los bienes que codician, y, por otra parte, he manifestado cómo la gran libertad política perfeccionaba y vulgarizaba en su seno el arte de asociarse. La libertad en estos siglos es útil particularmente á la producción de las riquezas; y puede verse, al contrario, que el despotismo le es perjudicial.

El natural del poder absoluto, en los siglos democráticos, no es ni cruel ni bárbaro, pero sí minucioso y delicado en extremo. Un

despotismo de esta índole, aunque no menosprecie la humanidad, se opone directamente al genio del comercio y á los instintos de la industria. Así, los hombres de los tiempos democráticos tienen necesidad de ser libres, á fin de procurarse con más comodidad los goces materiales porque anhelan incesantemente.

Sin embargo, sucede algunas veces que el gusto excesivo que conciben por estos mismos goces, los entrega al primer dueño que se presenta. La pasión del bienestar se vuelve contra ella misma, y aleja sin descubrirlo el objeto de sus ansias.

En la vida de los pueblos democráticos hay, en efecto, un paso muy peligroso.

Cuando el gusto de las goces materiales se desenvuelven en uno de estos pueblos con más rapidez que las luces y los hábitos de la libertad, sobreviene un momento en que los hombres son arrastrados como fuera de sí mismos á la vista de estos nuevos bienes que van presto á adquirir. Preocupados con el solo cuidado de hacer fortuna, no ven el lazo estrecho que une la particular de cada uno de ellos á la prosperidad de todos, y no hay necesidad de arrancar á tales ciudadanos los derechos que poseen; pues los dejan voluntariamente escapar ellos mismos. El ejercicio de sus deberes políticos les parece un contratiempo que les distrae de su industria; y si se trata de elegir sus representantes, de prestar auxilio á la autoridad, de discutir en común los negocios públicos, el tiempo les falta, porque no saben disiparlo en trabajos inútiles: estos son allí juegos de ociosos que no convienen á hombres graves ocupados de los intereses serios de la vida. Tales gentes creen seguir la doctrina del interés; pero no forman de ella sino una falsa idea, y para atender mejor á lo que llaman «sus negocios» descuidan el principal, que es el ser siempre dueños de sí mismos.

No queriendo los ciudadanos que trabajan pensar en la cosa pública y no existiendo la clase que podría encargarse de este cuidado para llenar sus ocios, el lugar del gobierno queda como vacío. Si en este momento crítico un hábil ambicioso viniese á apoderarse del mando, encontraría sin duda abierta la vía á todas las usurpaciones.

Si cuida algún tiempo de que todos los intereses materiales prosperen, el campo quedará libre; tanto más cuanto garantice un buen orden. Los hombres que aman los goces materiales descubren

de qué manera las agitaciones de la libertad contribuyen á procurárselo, y el menor ruido de las pasiones públicas al penetrar en medio de los pequeños goces de su vida privada, los despierta y les quita el sosiego: el miedo á la anarquía los tiene por mucho tiempo en suspenso y prontos siempre á arrojarse fuera de la libertad al primer desorden.

Convendré, sin dificultad, en que la paz pública es un gran bien; pero no quiero, sin embargo, olvidar que á través del buen orden han llegado los pueblos á la tiranía. No por esto se debe entender que los pueblos deban despreciar la paz pública, sino que es preciso que no se contenten sólo con ella. Una nación que no pide á su gobierno sino la conservación del orden es ya esclava en la esencia, porque se hace esclava de su bienestar y puede aparecer fácilmente el hombre que ha de encadenarla.

El despotismo de las facciones no es menos temible que el de un solo hombre.

Cuando la masa de los ciudadanos no quiere ocuparse sino de sus asuntos privados, los partidos menos numerosos no deben perder la esperanza de hacerse dueños de los negocios públicos. Entonces no es raro ver en la vasta escena del mundo, así como en nuestros teatros, una multitud representada por algunos hombres. Esos hablan solos, en nombre de una muchedumbre ausente ó descuidada; sólo obran en medio de la inmovilidad universal; disponen, según sus caprichos, de todas las cosas, cambian las leyes y tiranizan á su antojo las costumbres: se asombra uno al contemplar el pequeño número de débiles é indignas manos en que así puede caer un gran pueblo.

Hasta el día, los americanos han evitado felizmente todos los escollos que acabo de indicar y, en verdad, merecen por esto que se les admire.

Quizá no existe país en la tierra donde se encuentren menos ociosos que en América y donde todos los que trabajan busquen con más ansia el bienestar. Pero si la pasión de los americanos por los goces materiales es violenta, á lo menos no es ciega, y la razón, aunque incapaz de moderarla, la dirige.

Un americano se ocupa de sus negocios privados como si estuviese sólo en el mundo, y un momento después se entrega á la cosa pública como si las hubiese olvidado: tan pronto se cree ani-

mado de la ambición más egoísta, tan pronto poseído del patriotismo más vivo, y parece imposible que el corazón humano pueda dividirse de esta manera. Los habitantes de los Estados Unidos muestran alternativamente una pasión tan violenta y tan semejante por su bienestar y su libertad, que puede creerse que estas pasiones se unen y se confunden en algún lugar de su alma. Los americanos ven en su libertad el mejor instrumento y la más grande garantía de su bienestar y aman estas dos cosas, la una por la otra. No piensan que no les interese el mezclarse en los negocios públicos, antes al contrario, creen que su principal objeto debe ser asegurar por sí mismos un gobierno que les permita adquirir los bienes que desean y que no les prohíba gozar en paz los que ya han adquirido.

---

## CAPÍTULO XV

---

**De qué manera las creencias religiosas atraen de tiempo en tiempo el alma de los americanos hacia los goces inmateriales.**

Cuando llega el séptimo día de la semana en los Estados Unidos, la vida comercial é industrial de la nación parece suspendida, pues todo movimiento y ruido cesa absolutamente. Un profundo reposo, ó más bien una especie de recogimiento solemne, le sucede, y el alma entra al fin en posesión de sí misma y se contempla.

Durante este día, los lugares consagrados al comercio están desiertos, cada ciudadano rodeado de su familia se dirige al templo, y allí se le preparan discursos extraños que parecen poco á propósito para su oído; se le habla de los innumerables males causados por el orgullo y la codicia; de la necesidad de arreglar sus deseos; de los goces que nacen de la virtud y de la verdadera dicha que los acompaña.

Vuelto á su habitación, no se le ve correr á los registros de sus negocios, abre el libro de las Santas Escrituras y encuentra pinturas sublimes y patéticas de la grandeza y de la bondad del Creador, de la magnificencia infinita de las obras de Dios, del alto destino reservado á los hombres, de sus deberes y de sus derechos á la inmortalidad.

Así es como de tiempo en tiempo el americano huye en cierto modo de sí mismo y arrancándose por un momento á las pequeñas pasiones que agitan su vida y á los intereses pasajeros que la



impulsan, penetra de repente en un mundo ideal en donde todo es grande, puro y eterno.

He examinado, en otro lugar de esta obra, las causas á que era preciso atribuir la conservación de las instituciones políticas de los americanos, y la religión me ha parecido ser una de las principales. Hoy que me ocupo de los individuos, lo encuentro de nuevo y descubro que no es menos útil á cada ciudadano que á todo el Estado.

Los americanos muestran por su práctica, que sienten la necesidad de moralizar la democracia con la religión. Lo que piensan de sí mismos sobre esto es una verdad de que toda nación democrática debe estar penetrada.

No dudo que la constitución social y política de un pueblo lo disponga á ciertas creencias y á ciertos gustos en que abunda en seguida sin dificultad, mientras que estas mismas causas lo separan de ciertas opiniones y de ciertas inclinaciones, sin que trabaje por sí mismo en ello ó, por mejor decir, sin que ni se lo figure.

Todo el arte del legislador consiste en discernir bien estas inclinaciones naturales de las sociedades humanas, para saber cuando es necesario ayudar el esfuerzo de los ciudadanos y cuando convendría más bien debilitarlo; pues sus obligaciones difieren según los tiempos, y lo único que hay inmóvil es el objeto á que debe siempre dirigirse el género humano, porque los medios para llegar á él varían constantemente.

Si yo hubiese nacido en un siglo aristocrático, en medio de una nación en que la riqueza hereditaria de los unos y la pobreza irremediable de los otros desviasen igualmente á los hombres de la idea de lo mejor y tuviesen las almas como aletargadas en la contemplación del otro mundo, querría que se me permitiese estimular en un pueblo semejante el sentimiento de las necesidades; me ocuparía en descubrir los medios más cómodos y rápidos para satisfacer los nuevos deseos que habría hecho nacer, y dirigiendo hacia los estudios físicos los más grandes esfuerzos del espíritu humano, trataría de excitarlo á la investigación del bienestar.

Si sucediese que algunos hombres se acalorasen desconsideradamente en busca de la riqueza y mostrasen un amor excesivo por los goces materiales, no me alarmaría; pues estos rasgos particulares desaparecerían pronto en la fisonomía común.

Mas los legisladores de las democracias tienen otros cuidados.

Que se dé á los pueblos democráticos instrucción y libertad y se les deje obrar, y llegarán á obtener sin dificultad todos los bienes que el mundo puede ofrecer; perfeccionarán las artes útiles y harán cada día la vida más cómoda, más agradable y más dulce; su estado social los inclina naturalmente hacia este lado y no temo que ellos se detengan.

Pero mientras que el hombre se ocupa en esta indagación honesta y legítima del bienestar, debe temerse que al fin pierda el uso de sus más altas facultades y que al pretender mejorarlo todo alrededor suyo, se degrade él mismo. Aquí y no en otra parte está el peligro.

Es preciso que los legisladores de las democracias y todos los hombres honrados y distinguidos que en ellas viven, se apliquen sin descanso á elevar las almas y á tenerlas dirigidas al cielo. Es necesario que todos los que se interesan en el porvenir de las sociedades democráticas se unan y de común acuerdo hagan continuos esfuerzos para extender en el seno mismo de estas sociedades el gusto por lo infinito, el sentimiento y el amor de los placeres inmateriales.

Si se encuentran entre las opiniones de un pueblo democrático algunas de esas malignas teorías que tienden á hacer creer que todo perece con el cuerpo, considérense los hombres que las profesan como los enemigos naturales de este pueblo.

Encuentro entre los materialistas muchas cosas que me ofenden. Sus doctrinas me parecen perniciosas y su orgullo me indigna: si su sistema pudiese servir de alguna utilidad al hombre, me parece que sería solamente la de darles una modesta idea de sí mismos; pero ellos no dejan ver que así sea, y cuando creen haber probado suficientemente que son brutos, se muestran tan soberbios como si hubiesen demostrado que eran Dioses.

El materialismo es en todas las naciones una enfermedad peligrosa del espíritu humano, pero debe temerse con particularidad en un pueblo democrático, porque se combina maravillosamente con el vicio más familiar del corazón en estos pueblos.

La democracia favorece el gusto de los goces materiales, y si este gusto se hace excesivo, dispone bien pronto á los hombres á creer que todo es materia; y el materialismo, á su vez, acaba por

arrastrarlos con un ardor insensato hacia estos mismos goces materiales. Tal es el círculo fatal á que las naciones democráticas son impelidas, conviene, pues, que vean el peligro y se contengan.

La mayor parte de las religiones no son sino medios generales, simples y prácticos de enseñar á los hombres la inmortalidad del alma, y esta es la principal ventaja que un pueblo democrático saca de las creencias y lo que las hace más necesarias en tal pueblo que en todos los otros.

Cuando una religión, cualquiera que sea, ha echado profundas raíces en el seno de una democracia, es necesario no conmovérla; conviene conservarla como la herencia más preciosa de los siglos aristocráticos; no tratéis de arrancar jamás á los hombres sus antiguas opiniones religiosas para sustituirlas por otras nuevas, porque, en el tránsito de una fe á otra, el alma puede encontrarse un momento vacía de creencias, extenderse en ella el amor de los goces materiales, y venir éstos á ocuparla totalmente.

La metempsicosis, en verdad, no es más razonable que el materialismo, pero si fuese absolutamente indispensable que una democracia eligiese entre los dos, no vacilaría en juzgar que los ciudadanos corren menos riesgo de embrutecerse, pensando que su alma va á pasar al cuerpo de un cerdo, que creyendo que no existe.

La creencia de un principio inmaterial y espiritual el unido por cierto tiempo á la materia, es tanto más necesaria á la grandeza del hombre, cuanto que produce excelentes efectos, aun sin hacer mérito de las recompensas y de las penas, y limitándose á pensar que después de la muerte el principio divino encerrado en el hombre se absorbe en Dios ó va á animar á otra criatura.

Aquéllos consideran como la porción secundaria é inferior de nuestra naturaleza y la desprecian aun en el momento mismo de sufrir su influencia, en tanto que hacen un aprecio natural, y tienen una admiración secreta por la parte inmaterial del hombre, sin embargo de rehusar algunas veces someterse á su imperio. Esto basta para dar un cierto giro elevado á sus ideas y á sus gustos, y para dirigirlos sin interés y como por sí mismos hacia los sentimientos puros y las grandes ideas.

No es una cosa averiguada que Sócrates y su escuela tuviesen opiniones fijas sobre lo que sería del hombre en la otra vida; pero

la sola creencia que admitían, de que el alma no tiene nada de común con el cuerpo y que ella le sobrevive, bastó para dar á la filosofía platónica esa especie de elevación sublime que la distingue.

Cuando se lee á Platón, se descubre que en los tiempos anteriores á él y en el suyo mismo, existían muchos escritores que preconizaban el materialismo. Sus escritos no han venido hasta nosotros, ó han llegado muy incompletamente. Así ha sucedido en casi todos los siglos; la mayor parte de las grandes reputaciones literarias se han unido al espiritualismo; el instinto y el gusto del género humano sostienen esta doctrina, la salvan frecuentemente á despecho de los hombres, y conservan los nombres de los que se adhieren á ella. No hay que creer, pues, que la pasión de los goces materiales y las opiniones que nacen de ella pueden bastar jamás á un pueblo, cualquiera que sea, por otra parte, su estado político. El corazón del hombre es más vasto de lo que se le supone; puede sentir á un mismo tiempo el gusto por los bienes de la tierra y el amor por los del cielo, y aunque parezca algunas veces entregarse con pasión á uno de los dos, jamás pasará mucho tiempo sin ocuparse del otro.

Si es fácil ver que particularmente en los tiempos de la democracia es cuando más importa hacer reinar las opiniones espiritualistas, no lo es el decir de qué manera deben obrar los que gobiernan los pueblos democráticos para que ellas reinen.

No creo en la prosperidad ni en la duración de las filosofías administrativas, y, en cuanto á las religiones del Estado siempre he creído que si alguna vez podían servir momentáneamente los intereses del poder político, tarde ó temprano serían fatales á la Iglesia.

No soy tampoco del número de los que juzgan que para realizar la religión á los ojos de los pueblos y honrar el espiritualismo que ella profesa, convenga dar indirectamente á sus ministros una influencia política que la ley les rehusa. Me siento tan penetrado de los peligros que corren las creencias cuando sus intérpretes se mezclan en los negocios públicos, y estoy tan convencido de que es preciso mantener á todo trance el cristianismo en el seno de las democracias nuevas, que preferiría encadenar los sacerdotes en el santuario á dejarlos salir de él. ¿Qué medios quedan, pues, á la

autoridad para conducir los hombres hacia las opiniones espiritualistas ó retenerlos en la religión que las sugiere?

Lo que voy á decir me perjudica en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos puedan servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen, y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

---